

## Book Review

Ángel López García, *Babel airada. Las lenguas en el trasfondo de la supuesta ruptura de España*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, 125 págs.

Escrito en 2003, este pequeño —en cuanto al número de páginas— libro es de una actualidad indudable. A lo largo de sus veintidós capítulos —a los que hay que añadir un *Prólogo* y un *Epílogo*—, aparecen como fundamento distintas ideas, algunas de las cuales vemos condensadas en el siguiente párrafo: “Una cosa es que [algunas comunidades autónomas] aspiren a ser estados independientes —¿por qué no?— y otra creer que en lo sucesivo podrán dejar de contraer relaciones de dependencia mutua en lo económico, político y cultural con quienes han compartido el asentamiento peninsular en los últimos cien, quinientos o mil años; una cosa es recuperar la dignidad de una lengua y otra pretender que terminará siendo la única en su territorio; una cosa es presentarse como entes dotados de razón histórica y otra creérselo siempre y en toda circunstancia” (*Mito o utopía*, 60; en las citas damos el nombre del capítulo y la(s) página(s)). Los hechos, y las ideas del autor, están ahí: no se discute que la articulación territorial de España es un problema que hay que resolver, y pronto; no se discute la importancia que tiene que España sea un país multilingüe y la atención que merecen las lenguas que en ella existen; no se discuten tampoco las peculiaridades que poseen las comunidades y que las hacen, en cierto modo, diferentes de las demás y del conjunto. En definitiva, respeto a la historia común, a la diversidad lingüística y a la historia particular. Este respeto es el basamento que sostiene toda la argumentación.

Pero no dejan de discutirse otras cosas. Se discute, así, el papel real de las lenguas en esa articulación territorial; valgan algunas muestras: “*Creo, contra la opinión generalizada*, que en el asunto que nos ocupa se ha concedido al factor lengua una importancia desmesurada” (*Las verdades del barquero*, 65; cursivas nuestras); “*Tengo la impresión* de que las propuestas contemporáneas parten de un supuesto fundamentalmente erróneo: el de conferir a la lengua un papel exclusivo en la configuración de la trama peninsular. *Pienso* que dicho papel es decisivo, sin duda, pero no exclusivo” (*El mosaico español*, 119; cursivas nuestras). Parece, pues, que ese aferrarse a la lengua como casi único signo de iden-

tividad, y de diferenciación, obedece a la falta, o a la escasa consistencia, de otros factores. El autor así lo piensa, y así lo dice en bastantes lugares de su libro: “La «diferencia» de que alardean vascos y catalanes no es una diferencia abismal en lo cultural ni en lo económico: mal podría serlo en la época de la aldea global y en un espacio que camina hacia la uniformidad como la Unión Europea” (*Prólogo*, 10). Lo que se aduce y se hace en estos terrenos no convence al autor: “En el ámbito cultural la visión de campanario es ya escandalosa: las llamadas tradiciones con que acostumbran a legitimarse las comunidades autónomas no tienen más de dos siglos de antigüedad —son casi siempre evoluciones populares de usos nobiliarios importados en el siglo XVIII—, pero el espectador tiene que sufrir una y otra vez las mismas secuencias ególatras, la misma ceguera localista. El fenómeno del *nosotrismo*, la exaltación del *nosotros*, es general, si bien se agudiza en las comunidades en las que una lengua diferente ayuda a crear la ilusión de exclusividad” (*La religión de la lengua*, 49); “[las comunidades autónomas], faltas de un objetivo futuro que no sea la multiplicación indefinida de los cargos autonómicos, han terminado por reducir su singularidad a un confuso conglomerado de cuentos populares, recetas gastronómicas, rutas de interés turístico-ecológico y, a menudo, idiomas laboriosamente inventados (o sea, encontrados en los archivos)” (*Mito o utopía*, 61). Y un claro reflejo de todo esto se ve en el descuidado ámbito de la educación: “Cualquier espíritu mínimamente racionalista y universalista (vale decir, cualquier espíritu a secas) se estremece con los libros de texto de la enseñanza primaria y secundaria: ahora resulta que importa más conocer el nombre de los veinte arroyuelos que van a parar al río patrio (bien poco caudaloso, él también, por cierto) que el del Ebro, Tajo o Guadiana, y no digamos el del Nilo o el del Amazonas” (*Ibid.*, 61).

Lo anterior puede aplicarse a cualquier comunidad autónoma, pero se refiere sobre todo a las que son, en mayor o menor grado, bilingües. ¿Qué ocurre con las demás, con las monolingües? Se tenga de España la concepción que se tenga, el autor parte de una idea motriz: “Desde el día en que se establecieron las comunidades autónomas «históricas» del presente ordenamiento constitucional, las cuales no son imputables directamente al mismo, pero sí entre líneas, resultó claro que las demás, las que no son ni Cataluña ni País Vasco ni Galicia, no podían ser otra cosa que el *resto de España*. Obsérvese que no estamos diciendo que «el resto de España no exista», sino que «el *resto de España* no existe», es decir, que carece de entidad susceptible de recibir una denominación unitaria” (*El resto de España no existe*, 14). Sin embargo, los medios de comunicación, para los que “las *nacionalidades* pasaron a ser las *autonomías históricas* y

las *regiones* se han convertido en el *resto de España*” (*Nacionalidades y regiones*, 19), han hecho suya la denominación, con el resultado, previsible, de que “lo cierto es que, para los ciudadanos españoles, el nombre ha terminado por hacer a la cosa, el *resto de España* ha acabado por corresponder a una región o país o nación, tanto da, supuestamente real, el «resto de España»” (*El gran hermano amenaza de nuevo*, 22).

¿Qué parte de responsabilidad en estas cuestiones corresponde a los diversos sectores de la sociedad? Aquí se hace aquí referencia a los políticos, a los medios de comunicación, a los intelectuales y a la gente de a pie. A los primeros y a los segundos se les reconviene de entrada: “La forma de proceder de los [políticos] confunde en ocasiones la flexibilidad de la negociación con la inestabilidad de las componendas. La de los [medios de comunicación] cree descubrir la verdad del mundo donde sólo ha captado su epidermis más superficial” (*Prólogo*, 9-10). De los políticos se dice casi al final del libro lo siguiente: “Cuando interviene la mente, las cosas son siempre complicadas. Y es justo y necesario que los medios hagan saber a los ciudadanos españoles que sus lenguas son cuestión del cerebro, no del cuerpo. A lo mejor, con un poco de suerte, *los políticos, que no dejan de ser ciudadanos también, acaban por enterarse y obran en consecuencia*” (*El mosaico español*, 123; subrayado nuestro).

Los intelectuales no salen muy bien parados. Después de apuntar que “la duda, la desconfianza [sobre la situación actual], no han asomado tan apenas en los artículos de prensa o en los ensayos políticos y culturales, pues sus autores pertenecen a la clase social y generacional que viene sosteniendo la bandera nacionalista desde los años sesenta” (*Una imagen vale más que cien palabras*, 27), el autor afirma lo siguiente: “Se supone que los más preparados para aceptar la contradicción y la ambigüedad son los intelectuales. En el caso que nos ocupa, quienes están dando permanentemente lecciones de sutileza intelectual son los ciudadanos de a pie. Será que, como se ha sospechado más de una vez, entre nosotros no existen propiamente los intelectuales y que esta función la han desempeñado siempre hombres de Iglesia, clérigos ayer, laicos hoy” (*Las verdades del barquero*, 68-69).

El varapalo mayor, sin embargo, va para los medios de comunicación en general. Se dice que proceden como “las sectas para ganar la voluntad de los desgraciados que van captando: repetir consignas y aislar a los adictos, aislar y repetir. Porque en eso se están convirtiendo los medios, en sectas parareligiosas” (*El gran hermano amenaza de nuevo*, 22). Y se apostilla: “Ya no se espera que el espectador reconozca algo familiar, palpable, ni siquiera almacenable en la memoria. Se le pide simplemente

que asista al espectáculo con las defensas bajas y que se deje llevar por él” (*Un mundo de restos*, 23-24). La mención del espectáculo no es algo ocasional ni metafórico. Á. López escribe: “El iconismo, la mitología creada por los medios de comunicación, necesita del espectáculo, *es espectáculo*. Pero lo notable de dicha espectacularización de la vida cotidiana es que, lejos de favorecer la igualdad de los ciudadanos, ha contribuido a ahondar las distancias entre los que están arriba y los que están abajo [...]. El iconismo es la religión de este mundo falsamente amable en el que hace falta integrar a los marginados y, al tiempo, asegurar que siguen al margen: no otra es la filosofía que subyace al *reality show*” (*La religión de la lengua*, 46-47). Ya más en relación con lo que ocurre entre nosotros, y después de recalcar que los grandes fracasos históricos tienen en su base la confusión del mito, “que mira hacia atrás”, con la utopía, “que está encarada hacia delante” (*Mito o utopía*, 59), el autor afirma que “la conversión de la especificidad en mito es directamente imputable a los medios de comunicación: ellos han creado la necesidad social de llegar a alguna parte, a un paraíso todavía no alcanzado, pues no en vano transportan una religión” (*Ibid.*, 62). Y ya en las páginas finales se dice: “Esta imagen esperpéntica es responsabilidad de los medios de comunicación social que, si no la han inventado —y aun esto podría dudarse—, desde luego la han propagado” (*El mosaico español*, 122).

¿Qué pasa con la gente de a pie? Ya hemos recogido alguna observación más arriba. Primero se observa una especie de alejamiento o desinterés en los habitantes de comunidades monolingües: “Mientras los políticos españoles encuentran, a lo que parece, dificultades insuperables para configurar un mapa autonómico sensato y coherente, los ciudadanos se han acostumbrado hace años a funcionar al margen de ellos. Todo lo que les viene de las instituciones propende a encorsetarlos en los estrechos límites de una comunidad autónoma [...]. Los ciudadanos se han rebelado. Esta aldeanización de la vida pública choca frontalmente contra la estética de nuestro tiempo y la repugnan [...]. A base de horteras, de revistas del corazón, de éxitos y fracasos deportivos, el ciudadano del resto de España está recomponiendo una imagen de España más sólida que los sesudos estudios sobre el tema que acumulan polvo en las bibliotecas y en la feria de libros de ocasión” (*Un mundo de restos*, 24). El panorama de los ciudadanos de comunidades bilingües tampoco es envidiable: “Los ciudadanos bilingües que tienen la lengua minoritaria como propia viven en plena esquizofrenia. Por un lado, los políticos les hablan en algo que quiere parecerse a su idioma; las oficinas públicas les bombardean con mensajes alentadores para que lo empleen en todos los órdenes de la vida; en la es-

cuela, en el instituto y en la universidad existen asignaturas en su lengua y hasta es posible cursar todos los estudios sin salir de ella. Por otro, empero, se dan cuenta de que las cosas no son tan bonitas como parecen, que ser no es lo mismo que parecer: los alumnos de cursos especiales son eso, especiales, viven en un gueto y lo saben; la Administración convocará oposiciones y podrán ganarlas, pero a condición de moderar sus pretensiones, ya que resulta impensable triunfar en la vida política, económica o social sin abandonar las aguas confortadoras del líquido amniótico del idioma materno” (*Las minorías lingüísticas y el concepto de nación*, 42). Y de ahí viene la duda: “En las conversaciones de cada día, entre los jóvenes, entre las clases populares —que con la llamada flexibilización del mercado laboral empiezan a ser cada vez más numerosas— ha cundido la sospecha. ¿No estaremos construyendo una jaula de oro, no nos estaremos aislando del mundo sin recibir contrapartida alguna? Es la generación de la resaca, la generación X de la conciencia autonómica [...]. Los argumentos racionales, las apelaciones sentimentales, las justificaciones históricas aportadas por los ideólogos del nacionalismo se han quedado insertibles en sólo veinte años. Aunque las ideas siguen resultando válidas, así son los hechos. Y el ser humano, si bien no sólo vive de pan, necesita comer pan” (*Una imagen vale más que cien palabras*, 27-28).

Y es que, en el complejo ámbito de las relaciones entre estado, cultura, lengua y nación, negar la existencia de un patrón cultural común le parece al autor “simplemente irresponsable: existe la cultura española y existe ese conjunto nacional (o plurinacional, si se quiere) que llamamos España” (*Taxonomía de rasgos o taxonomía de límites*, 86). En opinión de Á. López, “no existe contradicción alguna en afirmar de una persona que es ciudadano de la UE, de cultura española, habla catalana y nación valenciana” Y se pregunta: “¿A qué viene empeñarse en someter a los hombres y a las mujeres de este país a la angustia de ciertas disyunciones que íntimamente no han sentido jamás?” (*Ibid.*, 85). Porque, paradoja de los tiempos modernos, se pretende “recuperar unos signos diferenciales que, en el pasado, no se jactaban de la diferencia que suponían respecto a los demás. En otros términos: eso que se llama el espíritu asturiano, canario, catalán o gallego era antes un espíritu, pero no se concebía como una meta que se debiera alcanzar, funcionaba simplemente como una forma de ser al servicio de objetivos bien distintos” (*Mito o utopía*, 62).

Como telón de fondo aparece Europa (por cierto, como bien recuerda el autor, el binomio lengua-nación es una creación típicamente europea). Las dudas en torno al ideal europeísta y la escasa viabilidad, hasta el momento, de la aireada Europa de las regiones nos dejan solos, pese a

que “durante los últimos años, nuestros gobernantes y la mayoría de los medios de opinión alzaron la idea de Europa a la condición de bálsamo de todas las heridas y paraíso de todos los irredentismos” (*Europa como príncipe azul*, 55). De todos modos, para el autor la cuestión es estrictamente peninsular: “La Península Ibérica está ahí, querámoslo o no, y cualquier compartimentación interna a la que se llegue será siempre eso, una compartimentación en su interior de cara a su funcionamiento externo, nunca algo diferente. Lo cual no tiene que ver ni indica nada sobre si sus partes deben ser estados independientes o no” (*La articulación*, 114).

Volviendo al subtítulo del trabajo, nos damos cuenta de que el adjetivo “supuesta” puede entenderse en dos sentidos: como algo que ya se ha producido (no sancionado por la legislación, por supuesto), o como algo que puede producirse en el futuro. Respecto a lo primero, Á. López opina con claridad que la articulación territorial de España es un problema por resolver; en relación con lo segundo, no hay duda de que la posible independencia de uno o algunos territorios del Estado español no le parece la mejor solución.

En cuanto a la cuestión estrictamente lingüística, la opinión de Á. López es clara. La lengua de la publicidad es el español, por cada canal de televisión y por cada emisora de radio en la lengua propia de una comunidad siempre hay disponibles unos cuantos más en español, “las revistas del corazón, que [...] se llevan otra parte no desdeñable de nuestro tiempo, las tertulias radiofónicas más o menos escandalosas, los periódicos deportivos, están mayoritariamente en español” (*Minoría y marginalidad*, 39), de modo que en general el español domina los medios y “la lengua que domina los medios, dominará las conciencias” (*Ibid.*, 37). Se afirma rotundamente: “Esto es así y [...] seguirá siendo así por razones puramente económicas” (*Ibid.*). Y añade: “Tampoco puedo comprender un país en el que comunidades que tienen la suerte de hablar, además de la suya propia, la tercera lengua mundial, estén poniendo suicidamente en peligro su supervivencia porque creen que su mantenimiento es incompatible con el de aquella” (*Epílogo*, 125). El resultado parece, sin embargo, previsible: “Resulta implacablemente obvio que unos idiomas de entre seis a medio millón de hablantes tienen perdida de antemano la batalla frente a la tercera lengua mundial, con trescientos millones hoy y quinientos dentro de bien poco al paso que va la natalidad de los hispanos [...]. Aun en el supuesto de que a Cataluña, al País Vasco o a Galicia les conviniese la independencia política respecto al Estado español, ni el idioma catalán ni el vasco ni el gallego podrían vivir ya sin el español” (*Lo minoritario como ideología*, 71-72). Es más: “El español en Cataluña, en el País Vasco o en

Galicia no es un problema de España, es un problema de estas comunidades, una cuestión todavía no resuelta y que sólo ellas pueden afrontar. Tienen razón los nacionalistas cuando rechazan indignados la ingerencia del Estado o de otras instancias madrileñas en el desarrollo de su política lingüística. Pero se equivocan y mucho cuando cifran —unas veces veladamente y otras sin tapujos— casi todas sus complacencias en una “normalización” que tendría como resultado la pérdida de la plena competencia bilingüe de sus hablantes. No es el idioma español quien necesita a los hablantes de estos territorios, sino justamente al revés: sin el español, su proyección peninsular, primero, e internacional, después, resulta poco menos que irrealizable” (*Ibid.*, 75).

Termina con una pregunta: “¿Llegarán los legisladores españoles a redactar alguna vez una Constitución lo suficientemente flexible como para permitir un programa de mínimos parecido al expuesto, un programa en el que se haga posible la articulación de unas comunidades con otras, y además siguiendo pautas variables, cada una adecuada a su historia y al tipo de vinculación conceptual que contrae con los idiomas peninsulares?” La respuesta: “El tiempo lo dirá” (*Epílogo*, 125).

Escrito en un estilo ágil y exacto, al mismo tiempo claro, rozando a veces lo coloquial, este libro es uno de esos casos en que forma y contenido van perfectamente aunados. Espero que mis palabras, que no hacen justicia a su profundidad ni a su densidad, animen a su lectura. Y no sólo a los políticos y a los periodistas.

José Andrés de Molina Redondo  
*Universidad de Granada*

\*\*\*\*\*

SEVILLA MUÑOZ, JULIA & CANTERA ORTIZ DE URBINA, JESÚS: *Diccionario temático de locuciones francesas con su correspondencia española*. Madrid: Gredos. 782 pág. ISBN 84-249-2722-2

Nadie niega que, para poder traducir algo, primero hay que saber lo que significa, sin embargo, no es menos cierto que, a menudo, para conocer bien un significado, tenemos que saber primero cómo se traduce.

La fraseología en lengua española tiene una larga tradición, en la cual los diccionarios bilingües han desempeñado un papel muy destacado desde el principio, aunque sólo sea por el hecho de que la aparición de lexico-